

# DESINFORMACION Y REALIDAD POLITICA EN CHILE

por ORLANDO POBLETE I.\*

Agradezco la invitación que el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile me ha formulado para analizar el tema "La desinformación y la realidad política de Chile". Me es muy grato referirme ante este selecto auditorio a ciertos aspectos de nuestro proceso político enfocándolos desde la perspectiva de la información.

Desde ya señalo que no es arriesgado afirmar que difícilmente es posible encontrar otra nación en el mundo que haya debido enfrentar con mayor persistencia una campaña de desinformación como la que Chile ha sufrido. Por ello, resulta de interés reflexionar acerca de las razones que han originado la planificación y mantención de un verdadero sistema dirigido a desorientar, a sembrar la duda y la sospecha, a ocultar la verdad y a condicionar las reacciones de la opinión nacional y mundial.

Se trata de impedir una visión objetiva de la vida nacional, de sus conflictos, sus progresos y desafíos, para generar un clima más favorable a la prédica de la lucha de clases o un ambiente más propicio al desarrollo de proyectos colectivistas, en uno y otro caso apoyados externamente.

Debemos preguntarnos por las razones ideológicas y políticas que han llevado a programar y mantener el ataque a Chile mediante una activa desinformación y encontrar los elementos esenciales que nos hagan comprender el sentido de una agresión tan bien orquestada y nos muestre las verdaderas armas con que debemos defendernos de la misma.

Al preguntarse por las razones de este proceder, ha de considerarse esencialmente que Chile infligió al pensamiento y a la acción marxista, así como al objetivo expansionista soviético, un golpe tan duro y decisivo, que sólo mediante la transformación de la gesta libertadora del 11 de septiembre de 1973 en un mero "traspie dialéctico" en el camino hacia el marxismo, podría éste volver a recuperar el prestigio de ser una cosmovisión susceptible de ser aceptada en el mundo actual.

En efecto, para el pensamiento marxista todo proceso hacia el socialismo y hacia la dictadura del proletariado es irreversible. No es posible pensar en una vuelta atrás. Y la historia, desgraciadamente, no es pródiga en mostrar reversiones de las conquistas del marxismo, realidad en la que no se ha reparado con suficiente atención.

En Chile se comprobó que el dogma de la irreversibilidad del camino hacia el socialismo podía detenerse. En Chile el marxismo sufrió una derrota y una merma considerable a su prestigio político.

Las derrotas suelen ser más dolorosas cuanto más empeño y voluntad se ha puesto en aquello que fracasa. Los intentos del marxismo por acceder al poder en nuestra tierra se prolongaron varias décadas.

\* ORLANDO POBLETE I.: Abogado. Profesor de Derecho Procesal de la Universidad de Chile. Ministro Secretario General de Gobierno.

A pocos años de la revolución bolchevique, en 1932 se declara en Chile oficialmente una "República Socialista", que originó una serie de transformaciones normativas que décadas más tarde servirían de fundamento al régimen de la llamada Unidad Popular.

Pocos años después, en 1938, aparece el "Frente Popular", inspirado en las consignas y directrices de la Tercera Internacional Comunista, logrando una abierta participación en la vida política nacional.

En 1946, otro conglomerado similar al Frente Popular da acceso a los comunistas a importantes cargos públicos y políticos, proceso que provoca variadas y profundas reacciones en los sectores democráticos culminando con la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que excluyó de la vida política al Partido Comunista.

En las décadas del 50 y del 60 el comunismo lucha, primero, por superar la proscripción legal y, logrado ese propósito, por alentar las promesas demagógicas y utilizar las instituciones democráticas para abrir espacios a quienes puedan serle útiles en su estrategia para ser gobierno.

Esa es la realidad en que surge y triunfa en las urnas la "Unidad Popular", régimen que fue y ha continuado siendo presentado al mundo como democrático y defensor de la libertad, en circunstancias que su objetivo era claramente totalitario.

El ocaso de la Unidad Popular, fruto de la incompatibilidad absoluta entre sus postulados y acciones y el sentimiento y aspiraciones del pueblo chileno, es una realidad inmediatamente tergiversada, con el propósito de impedir la correcta comprensión del Pronunciamiento Militar del 11 de septiembre de 1973.

Lo verdaderamente cierto es que la Unidad Popular buscó la "cubanización" de Chile, y las FF.AA. y Carabineros impidieron ese objetivo después de haber sido requerida su intervención, ante la impotencia de la civilidad y el agotamiento de las instituciones democráticas.

He ahí dos hechos íntimamente ligados que han sido objeto de la desinformación, trastocándolos en su sentido y efectos.

El comunismo no ha podido perdonar. No sólo eso. Pretende recrear su imagen democrática y busca que prime la consigna por sobre la verdad, es decir, la idea de un gobierno como otros interrumpido arbitrariamente por el poder militar.

El comunismo no se resigna a reconocer que el 11 de septiembre de 1973 es sinónimo de libertad.

Hay tras su reiterada postura una razón de prestigio ideológico: es necesario recuperar la confianza que el pensamiento marxista poseía antes del 11 de septiembre de 1973, como herramienta política, especialmente en los países en desarrollo.

La verdadera agresión informativa externa dirigida a tergiversar el sentido y efectos del Pronunciamiento Militar es la demostración más palpable que el comunismo ha recurrido como arma de lucha a la desinformación. A partir de ella comenzó a planificar otras estrategias, todas teniendo como elemento básico común la promoción de una visión determinada de la realidad chilena, una visión que sirve a sus propósitos.

La construcción de la imagen de un Chile reprimido, destruido y ajeno a sí mismo en que se ha empeñado el comunismo, le es necesaria para su

objetivo de impedir la consolidación en Chile de la institucionalidad surgida el 11 de septiembre de 1973.

Puede resultar duro constatarlo, pero marxistas, socialistas y democristianos, así como otros sectores opositores, han utilizado de la misma manera, con idéntica finalidad y persistencia, el arma de la desinformación.

El análisis de la realidad chilena que esos grupos exponen con periodicidad a gobiernos extranjeros y a organismos internacionales, es similar. Unidas alimentan la idea que Chile vive una situación de hecho y no un proceso constitucional, atribuyendo los avances institucionales a meras presiones políticas y no a la voluntad democrática del Gobierno.

El enfoque de la desinformación desde esta perspectiva política interna ha de llevarnos también a tener presente que quienes son responsables de ella pertenecen a transnacionales políticas y a organizaciones con diversos vínculos que naturalmente han de contribuir a promover aquello que sus asociados chilenos le requieren.

Grave es constatar que mientras se presenta al Gobierno de Chile como un régimen despótico contrario a los derechos del hombre, el comunismo desembozadamente declara que recurrirá "a todas las formas de lucha" para atacar al Gobierno.

Así, utilizando el recurso de la desinformación alienta la actitud negativa externa contra Chile, favorece las presiones y las condenas en organismos internacionales y facilita el apoyo a otros sectores opositores que sin ser comunistas han caído en la irresponsabilidad política y son incapaces de asumir la que debería ser su verdadera identidad.

Para ciertos opositores, incluidos aquellos que es posible calificar de democráticos, la acción política contra el Gobierno les ha significado convertirse en agentes de la desinformación, sea por la vía formal o por la de constituirse naturalmente en difusores de una visión no conforme a la verdad de los hechos y acontecimientos.

La desinformación se ha convertido así en el arma donde unos y otros se unen y unos compiten con los otros, para mostrar una imagen distorsionada de Chile, de su Gobierno y de su progreso en los últimos años.

Unida estrechamente a lo anterior se encuentra otra causa de la mantención por tan largo período de tiempo de la campaña de desinformación sobre Chile, cual es la oposición radical que el proyecto institucional chileno provoca en aquellos sectores ligados al comunismo o a diversas manifestaciones del socialismo y que tienen autoridad o influencia en gobiernos y organismos internacionales.

Chile ha construido soberanamente una institucionalidad jurídico-política que en plena armonía con nuestras tradiciones republicanas resalta a la persona y su libertad individual, promueve la adopción por el Estado de un rol subsidiario, favorece la libre competencia en lo económico y la participación en la gestión de la cosa pública.

Se trata de principios e instituciones que pertenecen, esencialmente, al conjunto de valores del mundo cristiano occidental, pero que no se reconocen por algunos si es el Gobierno de Chile quien las invoca, aplica o desarrolla.

Cualquier observador objetivo puede apreciar la evolución extraordinaria de la vida institucional del país desde 1973 a la fecha; constatar el

esfuerzo desplegado para ampliar los márgenes de libertad individual y valorar los límites impuestos al ejercicio del poder.

Cuando esto no se comprende es que hay algo más poderoso que actúa en contrario y ese algo es el transnacionalismo político, en el cual subsisten la mayoría de las corrientes políticas opositoras.

Tanto para el pensamiento marxista como para el socialismo y la democracia cristiana, parte importante de su accionar interno debe rendir tributo a la pertenencia a organismos supranacionales que dictan a esas corrientes ideológicas sus consignas, sus derroteros y misiones y hasta otorgan los fondos necesarios para mantener sus campañas.

Las asombrosas concesiones de estos grupos con sus organizaciones extranjeras, han sido la base esencial de las campañas de desinformación en contra de nuestro país.

Desde esas transnacionales de la política se han levantado contra Chile las más sofisticadas y perjudiciales interpretaciones y sus personeros chilenos son los que proveen la continuación de esas campañas, en un proceso de retroalimentación que hace que el caudal de la desinformación no disminuya, sino que vaya adquiriendo nueva fuerza a medida que Chile consolida su proceso político.

Es este un hecho muy grave y serio. Porque lo que se intenta es que mediante la presión externa, sostenida de muchas formas y modos distintos, se detenga el avance de un proyecto político surgido de las bases mismas del pueblo chileno.

Aquí radica la mayor gravedad de la alianza de esos sectores nacionales con sus respectivas transnacionales: en que desconociendo el derecho a la autodeterminación de los pueblos, principio esencial del moderno derecho internacional, se pretende torcer la voluntad soberana para ponerla al servicio de ideologías extranjeras ajenas al sentir nacional y a nuestra idiosincrasia.

La desinformación que algunos difunden sobre Chile constituye así una grave injusticia en contra de todos los chilenos. Una injusticia frente a la cual resulta casi imposible replicar, porque quienes vivimos en Chile y creemos en nuestra patria y en su capacidad de resolver sus propios problemas, estamos privados de las armas que el transnacionalismo político pone en manos de esos grupos ideológicos.

Como expresara el Presidente de la República pocos meses después del Pronunciamiento Militar del 11 de septiembre, Chile ha visto cómo el comunismo "ha puesto todo su enorme y poderoso aparato propagandístico al servicio de la mentira para ocultar la verdad de Chile". "Pueden —agregaba— haber alcanzado un éxito relativo, ya que han confundido a la opinión pública mundial, pero estamos ciertos de que la verdad de lo ocurrido terminará por imponerse y el mundo conocerá la heroica lucha del pueblo chileno para salvarse de las garras totalitarias del imperialismo soviético, lucha que no contó con más armas que la decisión y voluntad de nuestro pueblo para seguir siendo libre".

La experiencia chilena nos demuestra la aplicación de la llamada "teoría de la desinformación", fórmula constituida para algunos en un arma privilegiada de su lucha política para subyugar al hombre.

Hace sólo unas décadas era difícil imaginar la aceleración que se operaría en la difusión de las noticias, de los conocimientos o de las personas. Hoy la prensa escrita, la radio, la televisión, los medios de

comunicación instantáneos han hecho que la circulación de la información opere con dos características esenciales: rapidez y masificación. Ambas son también elementos esenciales de la desinformación. Cuanto más rápida se difunde la mentira o la verdad, más rápido arraiga aquélla o ésta en la comunidad. Cuanto mayor sea la cantidad de personas que son informadas en uno u otro sentido, mayor verosimilitud adquiere esa información.

Por ello, desde una perspectiva más elevada, los problemas de la información en el mundo moderno se resumen en dos afirmaciones: o quienes se dedican a ella están comprometidos con la verdad —sin perjuicio de sus particulares concepciones— y podremos situarnos entonces frente a un verdadero derecho a la información; o quienes cultivan esta ciencia informativa están aliados con la mentira y el error, y entonces nos encontraremos frente a la desinformación.

Creemos, cada vez con mayor vigor, que el periodismo tiene sentido pleno sólo si es capaz de reconocer la verdad. La convicción de fondo de que existe el bien no obstaculiza el trabajo del periodista, sino que, por el contrario, es la única condición que lo hace posible. La verdad debe ser el fundamento primero de una ética periodística correcta.

Para que ella exista es necesario asumir con coraje la labor de informar. La verdad en el quehacer periodístico no es otra cosa que la adecuación entre lo que realmente son las cosas, acontecimientos, hechos o personas y lo que se informa sobre ellas.

Tras el compromiso con la verdad —fácil es entenderlo— hay todo un sustrato moral y ético que impide la deformación de la realidad según las personales o ideológicas concepciones.

Conscientes de ello, es posible exigir a todos atenerse a estos parámetros en este o en otros campos de la actividad humana. Cuando se parte de un principio básico como es el que es bueno todo aquello que sirve a los fines de la revolución, que no existen verdades inmutables, que el hombre es sólo un instrumento de la lucha de clases, es lógico que también los ámbitos relativos al derecho a la información sean puestos al servicio de los idearios revolucionarios, sin sujeción a los valores superiores ni menos a la verdad.

Los medios de comunicación y su infiltración y dominio se convierten así en el instrumento más apto para la prédica de las consignas marxistas y en esa estrategia el marxismo ha encontrado aliados insuperables en el mundo occidental, especialmente europeo.

Entre las técnicas utilizadas para desinformar no sólo es posible comprobar la ausencia de información, sino la desintegración de la misma, la búsqueda consciente de la desfiguración de la realidad que trata de ser presentada de un modo completamente diverso, con características positivas o negativas, según sea el caso, y los intereses que se pretenden defender.

Los mecanismos de la desinformación parten muchas veces de la simple mentira.

En el caso de Chile son muchos los ejemplos de desinformación.

De entre ellos hay algunos que por su magnitud y grado de repercusión han impactado profundamente al pueblo chileno y le han hecho apreciar en su verdadero sentido lo que ha significado la campaña de desinformación sobre nuestra patria. Me refiero al ingreso clandestino de arsenales al país, al intento de asesinato del Presidente de la República y a la visita apostólica de Su Santidad el Papa.

En el caso de los arsenales ingresados al país, se trataba del instrumento preciso para el inicio de una guerra de guerrillas que crearía las condiciones para el desencadenamiento de la revolución, del enfrentamiento violento.

Fue descubierta la mayor cantidad de armas ingresadas en forma clandestina a un país americano y se frustró milagrosamente un atentado al Presidente de la República, hechos ligados entre sí que conmovieron el alma de la nación.

Sin embargo, la difusión en el exterior de esos hechos y el análisis por los medios de comunicación extranjeros acerca de su significado para Chile, fue reducido y en caso alguno concordante con la gravedad del hallazgo.

Incluso hubo medios extranjeros, así como algunos nacionales, que sembraron la duda acerca de la existencia de los arsenales o pretendieron atribuirlos a una "maniobra" del Gobierno.

El caso de la visita papal ha sido sin duda el máximo exponente de la desinformación sobre Chile. Existió tal distorsión entre aquello que efectivamente sucedió durante la visita del Pontífice y aquello que ciertas agencias y medios de comunicación informaron, especialmente extranjeras, que el mismo director de Radio Vaticano, en documento oficial, acusó a dicha prensa extranjera de haber traicionado el sentido del viaje con simplificaciones burdas que buscaron resaltar algunos aspectos puntuales con intereses políticos por sobre el verdadero sentido de la gira.

La lectura de los despachos periodísticos de aquellos días resultaba tan aberrante, tan lejana a la realidad de lo que estaba ocurriendo, que los chilenos captamos súbitamente la existencia de una orquestación en contra del país, principalmente de parte de la prensa de izquierda.

Quienes venían a cubrir las informaciones periodísticas —en muchos casos— traían prejuicios insalvables y muchos sus crónicas casi a punto para ser despachadas.

En Chile, la prensa que obedece a la estrategia opositora fue un penoso anfitrión de las mentiras de los corresponsales. Los pequeños incidentes callejeros, el triste espectáculo del Parque O'Higgins, la manipulación del acto con la juventud en el Estadio Nacional, han quedado como demostraciones de colaboración entre chilenos y enemigos de Chile para utilizar políticamente tales actos.

Sin embargo, los chilenos hemos aprendido la lección. Si fuera del país esas campañas lograron cierto revuelo, aquí, en nuestra tierra, quedaron al descubierto y en desnuda vergüenza quienes no trepidaron en manipular para sus intereses la sagrada figura del Vicario de Cristo.

Antes de concluir estas apreciaciones en torno a la desinformación respecto de Chile, quiero señalar otras fórmulas utilizadas en este objetivo de ocultar nuestra realidad: me refiero a la omisión y a la comparación o analogía.

La omisión sirve eficazmente a los intereses ideológicos de los opositores; basta la lectura de ciertos periódicos o revistas para descubrir que ningún hecho de carácter positivo es considerado. Se omite todo aquello que pueda tener algún elemento de reconocimiento para el gobierno o las autoridades.

Este defecto es el que ha echado por tierra o tiene a punto de terminar los intentos periodísticos de los entes opositores.

Como siempre sucede, hay cosas que están bien y otras no. No puede ser que todo esté mal y siempre mal. El lector ideologizado podrá creer aquello, pero el ciudadano normal que se aventura a leer esas publicaciones termina dejándolas de lado.

No es posible compartir el periodismo de izquierda que vive y se agota en la llamada denuncia, cuyo fin es demostrar que todo es oscuro, es sucio y falso.

El otro elemento de las técnicas de desinformación es la analogía y la comparación.

En el caso de Chile se ha pretendido por algunos la comparación de nuestro gobierno con los gobiernos fascista de Italia y nacionalsocialista de Alemania, cuando no un cuadro de analogía con la España del general Franco, con la Nicaragua de Somoza y Haití durante Duvalier.

En todos los casos la realidad histórica demuestra la absoluta diferencia entre nuestro proceso y los de aquellos países. Se trata de situaciones diversas en sus causas, su desarrollo, sus elementos, sus consecuencias. Sin embargo, se trata de generar asociaciones de ideas que siembren en la opinión mundial el rechazo que le han provocado otrora situaciones superadas.

El uso habitual de la analogía como medio de desinformación representa un grado de sutileza en el desinformador digno de estudio. Porque lo que se hace, en definitiva, es establecer un cuadro de comparación entre una realidad conocida por el destinatario de la desinformación y que es rechazada por él —por ejemplo el fascismo italiano para el europeo actual— y otra realidad desconocida, pero a la cual se le participa parte o todo de aquellos elementos negativos que el oyente rechaza en la primera premisa de la comparación.

Muchas otras formas de desinformación podrían aquí ser analizadas y seguramente lo han sido por otras personas más expertas en la materia.

Entre ellas lo que se ha llamado modernamente “El robo de banderas”, que hace que conceptos e ideas que formaban parte del bagaje al servicio de la verdad, hoy sean enarboladas por el marxismo luego de haber privado a esas palabras de su verdadero sentido, oímos hablar de libertad, de liberación, de democracia, de derechos humanos con un sentido totalmente diverso al verdadero significado de esos conceptos.

En definitiva, respecto de Chile la desinformación es palpable.

Desde la educación hasta el arte, desde los más altos niveles de la intelectualidad hasta los más sencillos ciudadanos, es necesario que todos tomen conciencia de la utilización sofisticada de la mentira que el marxismo ha elaborado e impuesto. Tras ello hay un desconocimiento de la naturaleza misma del ser humano y de la verdad, que, pese a lo que un cierto pesimismo intenta difundir, prevalece siempre, aunque para ello deba contar con el transcurso de décadas.

Señoras y señores:

El efecto más trágico de la desinformación consiste en que un número de compatriotas esté alejado o impedido de ver la realidad de su país, su presente y su mañana.

Vivimos en Chile horas decisivas para la nación, porque lejos de conformarnos con rescatar la libertad en 1973, hemos construido un sistema institucional para asegurar esa libertad y estamos comprometidos con ella.

El proceso de construcción de la democracia que se debe a la voluntad del pueblo y del Gobierno, encuentra en el plebiscito de 1988 un hito trascendental.

Se tratará allí de asegurar la plena vigencia de la institucionalidad democrática, o de abrir en ella una brecha de consecuencias impredecibles, especialmente si se consideran los planteamientos de dirigentes opositores para quienes el triunfo de la negación en el plebiscito importa el rechazo a toda la institucionalidad.

A la luz de la experiencia de los últimos años es posible asegurar que la izquierda marxista y los sectores demócratacristianos recurran nuevamente a la desinformación y promuevan a partir de ella reacciones principalmente externas dirigidas a desestabilizar al Gobierno.

La sola consideración de existir reiteradamente y desde ya de parte de esos sectores una imputación categórica de fraude en el plebiscito, es prueba suficiente de su voluntad de utilizar una vez más la distorsión de la realidad chilena como fórmula de fortalecer esa maquinaria propagandística externa que creen servirá a sus propósitos.

Ese planteamiento revela, por lo demás, que la oposición es incapaz de actuar en forma seria. Lo que está haciendo es impedir, otra vez, la comprensión del proceso nacional y, lo que es más grave, buscando crear condiciones similares a las ocurridas en un país de oriente, cuyo gobierno fue desestabilizado tras la denuncia de un supuesto fraude.

Es decir, mientras unos opositores buscan convertir a Chile en una nueva Cuba otros pretenden que nuestro proceso de evolución democrática tenga como desenlace lo ocurrido en Filipinas.

El problema de dichos opositores parece consistir en haberse envuelto en sus propias redes. La oposición es víctima de la desinformación. Como dicen los españoles, "quien anda entre el fuego, quémese luego".

Su reiterada actitud de desconocimiento de lo que verdaderamente ocurre entre nosotros, su esfuerzo por desvirtuar nuestros logros, su constante imposición de imágenes, análisis y supuestas soluciones creadas a partir de hechos falsos, la han llevado a una situación de desfase de la realidad nacional que la mantiene ajena al pueblo y sus aspiraciones.

Cómo, si no es por su desinformación, se explica la adhesión opositora como la "desobediencia civil" o la "campaña por elecciones libres", que fracasan tan pronto se publicitan, porque no concitan el respaldo de la base social.

La manipulación intencionada que los opositores han realizado permanentemente de nuestra realidad les ha significado alejarse de ella, perder el pulso del país y debatirse entre la confusión y la incertidumbre.

El Gobierno, a diferencia de ellos, ha sido capaz de crear y de construir, y cuenta con un respaldo popular mayoritario.

Podemos hoy, con singular orgullo, mostrar una institucionalidad que avanza y que permite un desarrollo económico y una convivencia social que auguran la consolidación de un sistema de libertad.

Estamos próximos a concluir un año que ha sido para el Gobierno exitoso en todos los ámbitos y que nos sitúa en la posición más favorable para enfrentar la gran decisión del año próximo.

Hemos luchado por la democracia y vamos a alcanzar la democracia plena.

Hemos luchado por renovar y modernizar nuestras instituciones y vamos a hacer de Chile un país desarrollado.

Sabemos que se requiere de nuevos esfuerzos. Sabemos que debemos luchar contra la desinformación y contra escollos de diversa naturaleza, pero estamos preparados para ello.

Muchas gracias...